

Hombres: guerreros consigo, con otros y todos contra ellas

Eduardo García Cárdenas¹

Resumen

El patriarcado nace cuando se genera la riqueza excedente en Medio Oriente, con él surgen las ciudades y las clases, pero sobre todo la construcción de un falso sentimiento de superioridad masculina, apuntalada por las instituciones patriarcales.

De los arquetipos que construyó la masculinidad, en este artículo, se analizará solo uno: *el ser guerrero*, puesto que la sociedad propone una cultura militarizada desde la niñez que se basa en un sistema de abusos con el fin de alcanzar el arquetipo antes que la felicidad.

Los géneros se construyen con una pedagogía de poder y obediencia que establece jerarquías entre grupos de clase, etnia, edad, cultura, entre otros; en este esquema los hombres son considerados superiores a las mujeres.

Cada acápite de este artículo inicia con una cita de documentos históricos: primero de los soldados del Inca, seguido de la masacre de San Juan y finaliza con un pasaje de la Guerrilla de Ayopaya.

Palabras clave: Construcciones masculinas, arquetipo del guerrero, género, patriarcado, pedagogía de poder y obediencia.

1. A modo de prólogo: marcos de abordaje *1.1 Marco de referencia: el patriarcado*

Los procesos de investigación de género son análisis históricos, sociales y culturales, surgen en la primera mitad del siglo XX y se desarrollan a plenitud en la segunda mitad. La mayoría de estas investigaciones están vinculadas a las formas en que el sistema patriarcal oprime al colectivo femenino desde su organización política basada en la expropiación y monopolio de todos los beneficios que pueda conseguir.

Patriarcado es el sistema de poder político, económico y social que consolida la supremacía masculina a nivel del Estado y el gobierno; además construye creencias que dan paso al cuerpo jurídico que consolida la marginación femenina. Subsiguientemente, su mayor logro es imponer el patriarcado al colectivo femenino.

¹ El autor estudió Historia en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), desde 1993 dejó su profesión para trabajar como educador popular y activista por los derechos de las mujeres. Se formó en esta área durante 8 años de trabajo en el Centro de Información y Desarrollo de la Mujer (CIDEM) y como consultor en muchas instituciones internacionales y nacionales y agencias de cooperación. Correo electrónico: ehgc_lp@yahoo.es.

Hubo un tiempo sin este sistema, tiempo en que todos y todas cuidaban y protegían a todas y todos. Un momento de convivencia social y natural, pero ocurrió un quiebre, un cambio que está vigente hasta hoy.

El grupo creció, labró las tierras y su vida económica se complejizó, pues fue más allá de la sobrevivencia y generó excedentes, sobre todo en la media luna que abarca de Sumeria a Tebas. Así, emergió el *Homo economicus* como un ser racional que vive en función de la economía. Junto con él surgen las ciudades sostenidas por estos excedentes productivos, es decir, la riqueza.

La riqueza y el urbanismo llevan al grupo beneficiado a dejar la actividad productiva, que es delegada a los migrantes de zonas poco o nulas para la producción; entonces, el grupo beneficiado se dedica a la administración, el gobierno y el goce de la riqueza. En este marco, se fundan las primeras grandes instituciones sociales, culturales y políticas que marcan su vigencia como sistema.

En paralelo, el patriarcado naciente pacta con las mujeres de su grupo: los hombres se hacen cargo del trabajo productivo y las mujeres del trabajo reproductivo de la fuerza de trabajo; sobre ellas recae el cuidado y sobre ellos la manutención y la protección. Otro pacto fundamental es el que hacen con los hombres del grupo de trabajadores, y a cambio de su fidelidad les entrega un poder absoluto y privado sobre sus familias.

El patriarcado emergente también creó un sistema jurídico que perdura hasta hoy —en Sumeria el Código Hammurabi, en Palestina la Ley Mosaica o Pentateuco, esta última marca nuestra vida actual—. Estas normas establecen que las mujeres deben subordinarse a sus hombres; las hijas son utilizadas como objetos de alianzas e intercambios políticos económicos; mientras las otras mujeres son erotizadas con fines de tráfico, regalo, compañía momentánea y recreación. En suma, con el patriarcado ninguna mujer volverá a ser dueña de su cuerpo y su vida; las trasgresoras

sufrirán, y sufren, castigos inauditos que no alcanzan a los hombres. Además, todo aporte femenino, incluso en la economía del cuidado, es negado y/o desvalorizado.

Marcela Lagarde (1995) demuestra como este sistema divide el espacio en dos ámbitos, uno público y otro privado. Esta división se mantiene a pesar de los notorios avances de las mujeres en la última centuria, aún los hombres conservan para sí los poderes más importantes, aquellos que garantizan la continuidad de su dominación.

También, el patriarcado establece mandatos para la identidad masculina: «Es un mandato que cada hombre busque apropiarse de la mayor cantidad de poderes de dominación y usarlo para existir —y continúa sobre las mujeres—. Todo el género masculino legítimamente posee poderes de dominación sobre el género femenino» (Lagarde, 1995: 18).

Lagarde (1995: 18) indica que el poder patriarcal se basa en tres principios:

1. Es legítimo que los hombres establezcan relaciones de dominación sobre las mujeres.
2. Es válido y un deber que los hombres dominen a otros hombres.
3. Es válido que las mujeres establezcan relaciones de dominio entre ellas.

1.2 Marco cultural

El marco cultural es de gran importancia para comprender a los géneros porque al final son construcciones culturales.

El concepto de género está vinculado a la cultura. Los valores, pensamientos, normas, creencias, comportamientos, acciones y prácticas sociales, en suma, la interpretación del mundo que hombres y mujeres hacen están orientados por la cultura. Estas formas culturales distintivas varían a través del tiempo y de cultura a cultura o de un grupo a otro. Las culturas se transforman constantemente, tanto

por procesos internos como externos, de manera intencional y no intencional (De la Barra y García, 2018: 4).

La cultura se transforma por las relaciones concretas de mujeres y hombres y sus interpretaciones cambiantes de la realidad. Así, la cultura dota de contenido a las nociones de lo masculino y lo femenino, define roles para un sexo y otro, establece relaciones jerárquicas y valoraciones diferenciales.

Por lo expuesto, el género es un producto cultural construido sobre la diferencia sexual e implica un sistema de significación y acción que va mucho más allá del cuerpo. Las culturas establecen determinados modelos de género los cuales configuran diferencias y desigualdades. Las configuraciones jerárquicas de los géneros son más complejas porque se estructuran con otras categorías como ser: etnia, clase social, edad y otras.

Las culturas se establecen como espacios de reproducción de valores, normas y formas de relaciones, a su vez producen constantemente nuevas formas de ser, pensar y actuar. En general, según de La Barra y García (2018: 9), los géneros son articulaciones de tres aspectos:

1. **Asignación.** Son los atributos asignados al momento de conocer los genitales, a veces con el nacimiento y actualmente con la imagen prenatal.
2. **Identidad.** El bebé pasa a ser niño, aún antes del conocimiento de las diferencias sexuales, así estructura su experiencia vital y se identifica con el género asignado, asumiendo sus manifestaciones, sentimientos y actitudes.
3. **Papel o rol.** Cuando está más desarrollado, el individuo asume el conjunto de normas y prescripciones que dictan la sociedad y la cultura sobre cómo debe comportarse.

1.3 Marco metodológico

El marco metodológico que se emplea en este artículo propone a los arquetipos como elemento de análisis. Carl Jung (2002) desarrolló la metodología de los arquetipos para escrutar las conductas y comportamientos humanos.

La premisa inicial señala que son las culturas y las sociedades las que dan forma a las diversas maneras de ser. Por lo tanto, no son representaciones heredadas, son posibilidades de representaciones heredadas, y estas tampoco son individuales, son generales. Entonces, son patrones de imágenes, símbolos culturales, modelos, prototipos, moldes, que generan conductas y modos de pensar por imitación (De la Barra y García, 2018).

Los arquetipos son compartidos colectivamente y parecen tener una base válida para las sociedades, lo llaman inconsciente colectivo en el marco de cada cultura. Se podría decir que son ideas para ordenar y clasificar el mundo y sus experiencias. A su vez, las ideas se instalan en el inconsciente formando una matriz mental desde donde se interpretan las experiencias.

Sin embargo, en el caso de las construcciones de género, los arquetipos van más allá de la cultura porque han forjado imaginarios universales, y la mayoría de la población humana los quiere alcanzar con ansiedad, pese a ser algo imposible de lograr porque son construcciones imaginarias.

Esta necesidad de alcanzar el arquetipo es especialmente destructiva para el colectivo masculino, puesto que en su busca dejan de lado la alegría, la posibilidad de la paz y del amor. Muchos devienen en personas tóxicas que afectan su vida personal, la de sus entornos y pueden llegar a afectar a sociedades enteras.

Los estudios de masculinidad han usado con éxito los enfoques a partir de los arquetipos. Para este análisis se usará el trabajo del sociólogo catalán Josep Vincent Marques (1992: 6), quien determina 5 arquetipos fundamentales que buscan los hombres:

1. ***Ser guerrero***. Ser competitivos con otros hombres y con la totalidad de las mujeres.
2. ***Ser jefe***. Abarcar el mayor espacio de poder posible.
3. ***Ser padre protector***. Implica sostener, proveer y proteger a las familias. Algunos entran en conflictos con las esposas que también son proveedoras.
4. ***Ser sabio***. Es la constante búsqueda de mayores conocimientos que los demás, acumulando saberes en todas las áreas posibles. En la mayoría de los casos, como esto no es posible, hay un juego de apariencias que los hombres respetan entre sí.
5. ***Ser amante / conquistador de mujeres***. Viven en una angustiada sexualidad compulsiva en múltiples cuerpos femeninos, generando constantes conflictos emocionales y económicos en su vida, y sobre todo en la vida de ellas.

Para el desarrollo de este escrito se reflexionará sobre el arquetipo «ser guerrero» porque marca con fuerza a la juventud y es incluso un requisito para acceder a la ciudadanía.

El arquetipo de guerrero se define como un modelo introyectado desde la infancia y en muchos países es condición de ciudadanía, sobre todo en aquellos donde existen procesos de ausencia de derechos y deshumanización que, según ellos, logran dureza y fortaleza para cumplir con el mandato.

En el proceso de alcanzar este arquetipo los más sobresalientes son posesivos y celosos, siempre se sienten amenazados por otros guerreros. El guerrero en proceso es compulsivo, protagoniza acciones demostrativas; es un incansable luchador, leal y cumplidor; muy complicado cuando no tiene

nada porqué guerrear, proteger o defender. En suma, el guerrero está marcado por la intolerancia, condición que lo hace peligroso para sí mismo y para los demás.

2. La construcción de la identidad masculina en una lógica castrense

[f.9] 45. Primeramente, las cuatro naciones somos los Charcas y Caracaras y Chuis y los Chichas, diferenciados en los trajes y hábitos; hemos sido soldados desde el tiempo de los Incas llamados Inca Yupanqui, y Guaynacara [sic], y Guascar Inca ... y es así que estas dichas cuatro naciones, como es público y notorio, fuimos y hemos sido soldados desde el tiempo de los incas referidos arriba, reservados de pechos y alcabalas, y de todas las demás tasas y servicios personales, que se entienden de guarda de ganados y de ser ovejeros y de hacer la mita en la corte de la gran ciudad del Cuzco, y de ser canteros, tejedores de la ropa de cumbe y de abasca, y de ser chacareros y albañiles ... cuando nosotros las dichas cuatro naciones vencíamos y teníamos victorias contra los Chachapoyas, Cayambis, Cañares, Quitos y Quillaycincas, que son los de Guayaquil y Popayán. Y si acaso nosotros las dichas cuatro naciones hacíamos plumerías, ropas, y algunas armas y otras cosas, fue para nosotros tan solamente dedicado y concedido por los dichos señores Incas. Y este privilegio teníamos para que fuese toda la gente muy lucida en las guerras y en los alardes que se hacían [por] estas dichas cuatro naciones, cuando iban a la conquista de los dichos tiranos de los Chachapoyas y de los demás referidos arriba, y lo mismo cuando estaban en las fronteras y guarniciones en las fortalezas de los chiriguanaes”.

47. Los otros. Los señores Incas teniendo siempre como los tenían en aquella reputación como gente belicosa [y] valeroso, y que por estas dichas cuatro naciones iban sus reinos y señoríos en aumento, fueron [f.9r] los capitanes

generales de estas dichas cuatro naciones muy estimados y [a]llegados a los Incas, y lo mismo sus soldados, y por todo ello les fueron dadas gracias y franquezas y libertades, como a caballeros suyos... Y así partiendo de estos dichos dos pueblos los dichos capitanes y soldados de las dichas cuatro naciones se solían juntarse [sic] en el pueblo y tambo de Paria: cabecera de Sura, que es de los Soras, hacia el camino del Cuzco. Y así iban prosiguiendo su viaje los dichos capitanes y soldados, de pueblo en pueblo y tambos, hasta llegar a la gran ciudad del Cuzco. Y así en cada pueblo y tambo les hacían mita y camarico, como a soldados de los Incas, y así en dar comidas y la bebida y charques y ojetas, vestidos y mucha harina de quinoa y ganado y mujeres, y los demás aviamientos y pertrechos, como a soldados de los Incas (Platt *et al.*, 2006: 841-843).

Para ser un gran hombre hay que ser primero un gran guerrero, en el ámbito público o el privado, este es un mandato de la cultura milenaria patriarcal: Guerreros en el amor, en la economía, en el deporte, en el trabajo, en la conducción de automóviles. Guerreros enfrentados unos a otros y a la vez solidarios unos con otros y, casi todos, frente a las otras (García, 2001: 2-7).

La educación y formación masculina desde la infancia buscan alcanzar este arquetipo. Los juegos son bélicos, los juguetes son armas de guerra en miniatura o en tamaños reales y los juegos grupales se basan en el reconocimiento de jerarquías y el liderazgo del más fuerte, el más astuto, el más audaz. Los hombres que no entran en esta lógica son estigmatizados y descalificados, asociándolos con lo femenino.

En esta construcción tienen mucha importancia los personajes guerreros de distintas épocas y lugares, a veces reales y otros ficticios. También están las figuras legendarias que exaltan valores agresivos y justicieros: el Fantasma, Tarzán, Indiana Jones, Supermán, todos ellos son superhombres indestructibles, a quienes no se puede engañar.

Entonces, los niños, inducidos al mundo castrense, tienen una fuerte afinidad con los desfiles militares y las actitudes que estos asumen ante la sociedad. El militarismo es un ingrediente importantísimo del poder. En casi todos los países el llamado sistema de defensa es el que mayor presupuesto recibe y tiene una ciudadanía mediada por el poder, generalmente intocables por las leyes de la sociedad civil, u ordinaria, ellos se rigen por sus propios códigos y conductas.

3. Los soldados

El sacerdote Gregorio Iriarte describe el ataque de la siguiente manera: la columna del centro al mando del mayor Pérez, totalmente equipada con armas automáticas, se deslizaba pausadamente, en posición de combate... Se internan en el campamento 'Salvadora' que se convierte en la antesala del infierno... El campamento está envuelto en un espantoso tiroteo y el arma de cada soldado vomita ráfagas de muerte en cualquier dirección. Las dos fracciones de apoyo también abren fuego sobre el campamento, creyendo que los soldados habían sido atacados. Las balas penetran en las casas por las ventanas y a través de los techos de zinc ... el mayor Pérez y sus soldados perdieron la serenidad, ya no ven más que enemigos en cada persona que se esconde o cada puerta que se abre (Iriarte, 1976: 116).

En una ambulancia vi a una señora que andaba embarazada y a quién le habían tirado un tajo en el vientre, su hijito se murió. Otra señora me gritó: ¿qué le pasa a mi hijo? ¡Auxíliemelo!... Yo alcé al chico y los saqué a afuera de la casa. Y cuando estaba por meterlo a la ambulancia, lo hice sentar sobre mí... Y vi todo su cráneo vacío... Ha muerto gente así, en la cama porque disparaban a lo loco, contra todo (Viezzler, 1978: 127-18).

El sacerdote Gregorio Iriarte relata cómo Fidelia Cruz Benavides, en La Salvadora, recogía rescoldos de la fogata para hacer

el desayuno, ella estaba con un embarazo avanzado y de pronto cayó un mortero que, además de matarla, expulsó al bebé de sus entrañas, el cual quedó tendido sobre los rescoldos. Yolanda de Alandia corrobora como murió Fidelia, también conocida como la Churquita (Iriarte, 1976: 117).

La señora Alandia también recuerda con dolor cómo, en la altura una niña salió a ver lo que pasaba desde la puerta de su casa, le gritaron que entre, 'En eso de abajo le han disparado y suavito ha caído muerta, como a una paloma lo han matado' (García et al., 2007).

El grupo masculino militar se asume como la imagen masculina ideal, hacedora de la patria, en este esquema la población civil, los pobres, las mujeres son el marco de su heroicidad, real o ficticia. Ellos se consideran como los protagonistas de la historia, que se rige por tiempos y espacios de guerras heroicas, así la historia se divide en tiempos militares.

En muchos países, como en Bolivia, la ciudadanía plena masculina se adquiere luego de haber pasado por el servicio militar, el cual tiene como característica la pérdida total de la ciudadanía porque en el campea la violencia institucionalizada y la arrogancia ante quienes no pasaron por esta prueba de hombría. El servicio militar implica la despersonalización, pues la vida cuartelaria se reduce a obedecer y nunca opinar, ser castigados por todo y por nada para luego ser castigadores de los recién llegados, también por todo y por nada.

Resalta que el recién ingresado al cuartel sabe cómo agarrar y manipular el arma que le entregan, aunque nunca haya tenido una real en sus manos, como si todo lo que ocurrirá en el cuartel ya hubiera sido ensayado varias veces. En contraposición, muy pocos sabrán como cargar un bebé y cambiarle sus pañales.

En este momento también se establece la visión de lo femenino para el conscripto, a

tiempo de entregarle su arma se le indica: «Esta arma tienes que cuidarla y no desprenderte de ella, es tu mujer, tu chola, tu novia».

Esta imagen militarizada se asume a muy temprana edad como parte fundamental del patriarcado. La noción de valentía y frialdad en la toma de decisiones se logra mediante uno de los actos de mayor crueldad y violencia que se puede dictar sobre un grupo tan grande de seres humanos: «los hombres no lloran».

Esta prohibición mutila, a muy temprana edad, la posibilidad de expresar de manera natural los sentimientos de dolor, frustración y pena. Los jefes militares deben ser fuertes, no lloran; deben ser valientes, no lloran; deben tener a las personas de su entorno subordinadas, no lloran; deben tomar decisiones con frialdad, no lloran. Sin embargo, como la condición masculina es humana, los hombres lloran de otras maneras no siempre sanas: unos mediante el alcohol y otros estimulantes, otros mediante el trabajo compulsivo, otros mediante el deporte o la práctica de aficiones artísticas, un importante grupo descarga su angustias y frustraciones mediante la violencia contra las mujeres, niños y niñas y otros hombres en situación de subordinación.

Asimismo, esta prohibición contribuye a crear una identidad masculina frágil porque busca mantener una ideología y una conducta idealizada, más que una posibilidad de vivir en paz y creatividad. Al respecto, Michael Kaufman afirma: «La masculinidad es la mitad de la estructura limitada y reprimida de la psiquis humana adulta» (1989: 40). Entonces, los hombres viven en la inseguridad de ser verdaderos hombres, ya que esta idea tan solo es una imaginación colectiva.

Esta imaginación colectiva exige, al igual que las instituciones castrenses, la uniformidad, una construcción social que busca reducir las diferencias personales potenciales entre varones que, al mismo tiempo, por la imposición de la división jerárquica aumenta las diferencias que se puede tener frente a las mujeres.

La construcción militarizada de la masculinidad es histórica y culturalmente antigua y venerada por la sociedad en su conjunto. Casi en todas las sociedades los héroes y protomártires de la patria son militares o civiles que asumieron acciones militares. Esta construcción responde a un mundo de jerarquías que emplaza a un hombre sobre otro hombre y a este sobre otro, pero a su vez cada hombre subordinado, primero subordina a las mujeres y recién a los hombres. Así se formaron todas las pirámides sociales, ya sea por clase, etnia, cultura, edad, nación, entre otros.

Una característica importante de la jerarquización es el no-diálogo, las diferentes posiciones sociales de género, clase, edad, cultura, etnia y otras carecen de las posibilidades de tener una comunicación fluida y horizontal. En general, se basan en la transmisión de instrucciones u órdenes, similares a las prácticas cotidianas de los cuarteles. Es patético ver como la disciplina en la familia, la escuela, la oficina, el partido político, el club, el sindicato y otras instituciones se parecen al cuartel donde los hombres detentan el liderazgo jerárquico no consultan y pocas veces se interesan por las necesidades y propuestas de los considerados «inferiores».

Así pues, las elecciones a veces son escenarios en los que la ciudadanía no elige, sino que escoge entre un grupo de hombres y algunas mujeres, los que representan a grupos de poder que imponen sus ideas y opiniones.

4. Un mundo jerarquizado

Acordóse entonces Lira los tratados que hizo anteriormente con el virrey. Había estado siempre cavilando que quién podía haberle descubierto: de Zárate no sospechaba, de don Damián Pacheco poco, pues le culpa a don Melchor Antonio Durán, se le pone a la cabeza castigar quitándole la vida.

Para el efecto manda a Pascual Cartajena el 26 de mayo con seis hombres armados

que le dio de escolta ... A las 8 y más llega Cartajena a Pocusco, entra a la casa de Durán, no lo encontró a éste más si a su mujer doña Melchora Vargas, señora de mucho respeto en aquellos lugares y de buena familia. Esta señora, después de tener muchas criadas cocineras, como lo conocía muy bien a Cartajena ella misma con sus manos va a cocinar, le hizo un cariño con mucho aire, le mandó comprar chicha, y así se le demostró un contento a su verdugo.

A las 11 o 12 de la noche le dice a la inocente señora:

—Vamos, ahora sabrás que yo vengo con órdenes reservadas de mi jefe. Ahora me vas a avisar claro dónde está tu marido don Melchor Durán, y si no me avisas bien o no me entregas vos sufrirás la pena que él tiene.

La señora ¿cómo se vería en aquel momento? Entonces empezó a suplicarle que por qué le había dicho eso a ella siendo ella una [f.76] infeliz mujer que no sabe las acciones de su marido quien está ausente, que aguardase algunos días o volviese, con muchas súplicas. Nada le oyía Cartajena, tomando chicha decía a la señora:

—Así dentro de breve rato tomaré tu sangre.

Ofrecióle entonces plata a fin de que no le haga nada ni le devore tan pronto, nada quiso el indio. Se le acercó a la señora, manda que se baje de su estrado a la media sala, le dice que se hinque y se encomiende a Dios; que se levantó la señora con mucha humildad expresándose lastimosamente y suplicándole: ¿qué expresiones no podría haber dicho en semejante trance, qué palabras tiernas, qué plegarias haría en un momento tan desesperado?, que empezó a medio rezar hincada en su media sala cuando y le descargó el palazo, cayó y murió a los cuantos golpes (Vargas, 1982: 76-77).

Para lograr esta jerarquización social sin tener que dar explicaciones se ha desarrollado, mediante un largo proceso, una pedagogía del poder y la obediencia. Todas las instituciones de socialización y educación, desde la familia hasta las académicas superiores –mención especial merece el sistema judicial, uno de los principales bastiones del patriarcado– de una u otra forma actúan con esta pedagogía que enseña cómo ejercer poder sobre las jerarquías inferiores y a ser obedientes con las superiores. En este marco, las mujeres son educadas para actuar con sumisión frente a los hombres de su grupo y ser caritativas con los hombres y mujeres de los grupos subordinados.

De este modo, la sociedad patriarcal no es una mera distribución injusta de roles, ya que es toda una estructura de subordinaciones inculcada por una pedagogía eficaz, en tanto que construye relaciones de poder y obediencia. Esta pedagogía logró interiorizar las estructuras sociales de la opresión y el poder, como indica Kaufman: «no solo afecta nuestra visión de la realidad, sino que se convierte en nuestra visión de la realidad» (1989: 43).

En los hechos esta visión es tan falsa que nunca se confirma y sin embargo muchos hombres y mujeres siguen insistiendo que existe y actúan en un mundo irreal y siempre protestando y reclamando por la pérdida de valores, la inconsciencia de la juventud y el ascenso social de los grupos subordinados.

Cumplir con el estereotipo de hombre duro y fuerte, que se inicia en la más tierna infancia, mediante la prohibición de llorar y la valoración de las acciones militares, se convierte en un conflicto para quienes tienen los estereotipos menos interiorizados. Así, los hombres se ven impelidos a cumplir roles y protagonizar actitudes que en muchos casos no les interesa y, lo que es peor, lo hacen sin estar preparados o dotados para ello.

Estas construcciones sociales son muy duras para todos los hombres, por ello se han creado modelos masculinos mucho más holgados que los destinados a las mujeres. Así, los hombres tienen una cantidad de opciones para realizar su identidad, si no son fuertes pueden ser audaces, si no son proveedores pueden desarrollar las ciencias. Sin embargo, para muchos aún con estas opciones, ser hombre es angustiante, el no cumplir con todos los roles puede llevarlos a comportamientos dañinos para sí mismos y, por supuesto, para todo su entorno, en especial cuando ejercen diversos tipos de violencia para calmar las angustias y carencias de su identidad.

Ya se mencionó el no-diálogo, pero otra necesidad de este poder jerárquico es el no contacto físico, a muchos hombres les cuesta sostener contacto físico, sobre todo con otros hombres, sin que medie el alcohol, otros estimulantes o el sexo. Es como si los hombres tuvieran un espacio virtual que los acompaña por donde van, son los muros de una fortaleza que se expande o contrae conforme la confianza o las intenciones que pueda tener la relación. Es una frontera virtual que siempre debe ser preservada a cualquier precio frente a otros hombres que intenten reducirla. Es un espacio que se mantiene más allá del propio cuerpo de manera amenazadora: una verdadera fortaleza ambulante, dispuesta al conflicto por el espacio. Esta defensa permanente del espacio hace que la mayoría de los hombres sean un proyecto pendenciero que en cualquier momento puede hacerse realidad, sobre todo si quien ocupa el espacio resulta o es percibido como vulnerable.

Las características de no-comunicación y no-contacto físico, construidas desde la pedagogía del poder y la obediencia, hacen que sea muy difícil para los hombres separar lo personal de lo social, así su condición de género se hace política en el marco de lo que se define como patriarcado porque establece

la falacia de naturalizar lo social, en algunos casos hasta lo llevan a la categoría de lo sagrado, muy común a la tradición judeocristiana a la que América Latina pertenece.

La construcción masculina usa la violencia como instrumento de subordinación y respeto a las normas impuestas, justas o injustas. Esta construcción comienza desde el momento en que a los hombres les transmiten las primeras órdenes y se les niega el llanto como expresión de sentimientos. De este modo, se construye la identidad masculina en un marco de represiones y agresiones, negación de la pasividad, negación de la expresión espontánea de sentimientos y emociones, es decir, la negación de la condición humana.

Todo esto se complementa con las actitudes violentas destinadas a mantener la supremacía masculina, siempre justificada por creencias culturales o naturalistas que se han organizado culturalmente en lo que se denomina machismo, que no es nada más que la expresión concreta de una idea de superioridad de lo macho sobre la feminidad. El machismo articulado con otros complejos de superioridad (clase, etnia, edad, cultura) constituye una cultura basada en falsas superioridades, no solo sobre las mujeres, sino también sobre otros hombres. Si estas creencias son cuestionadas –los movimientos de mujeres lo hacen– surge una imperiosa necesidad de usar la violencia para asegurar la superioridad ficticia en su construcción y dolorosamente real en sus resultados.

En este contexto, una gran cantidad de hombres se expresa agresivamente porque tienen una carga emocional que les impide desarrollar todas sus potencialidades y buscan dónde descargar esa agresividad, y lo hacen permanentemente con otros hombres entre los cuales se establece un pacto mutuo de descargas agresivas que se materializan en bromas hirientes, actitudes y juegos agresivos. Cuando los hombres no son cercanos, la agresividad se manifiesta en competencias en el ámbito laboral y en todo ámbito que ponga de manifiesto la superioridad como la ostentación de riqueza, en todas estas circunstancias las mujeres juegan un rol importante. Así, muchas relaciones entre los hombres son relaciones de poder.

Finalmente, es de conocimiento general que la mayoría de los hombres han experimentado violencia desde la infancia, ya sea en sus familias, en la escuela por parte de docentes o compañeros, en el barrio u otros espacios de socialización. Esta violencia causa ansiedad y temor y para ser resueltas requieren gran cantidad de energía; entonces, desde la infancia se cultiva un fuerte temor hacia los otros hombres, temor que no debe ser demostrado porque si se manifiesta cualquier signo de vulnerabilidad, los otros hombres lo humillarán y explotarán para descargar sus tensiones.

Bibliografía

De la BARRA, Zdenka y GARCÍA, Eduardo. 2018. *Dialogando desde el género*. Fundación ATICA. Cochabamba, Bolivia.

De la BARRA, Zdenka y GARCÍA, Eduardo. 2018. *Interculturalidad con enfoque de género en la RRD*. Fundación ATICA. Cochabamba, Bolivia.

De la BARRA, Zdenka y GARCÍA, Eduardo. 2018. *Resiliencia y masculinidades: Hombres en la RRD*. Fundación ATICA. Cochabamba, Bolivia.

GARCÍA, Eduardo. 2001. *Identidades masculinas en América Latina y construcción de una cultura de paz*. Encuentro de masculinidades para una cultura de paz organizado por UNESCO. Santiago de Chile. (Encuentro suspendido por UNESCO).

GARCÍA, Eduardo; SORIA GALVARRO, Carlos y PIMENTEL, José. 2007. *1967: San Juan a sangre y fuego*. Comité Bolivia de conmemoración del XL aniversario del asesinato de Ernesto Che Guevara. La Paz, Bolivia.

IRIARTE, Gregorio. 1976. *Los mineros bolivianos: Hombres y ambiente*. Buenos Aires, Argentina.

JUNG, Carl Gustave. 2002. *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*. En: *Obra completa* Vol. 9. Trotta, Madrid, España.

KAUFMAN, Michael. 1989. *Hombres placer, poder y cambio*. CIPAF. Santo Domingo, República Dominicana.

LAGARDE, Marcela. 1995. *Género y desarrollo desde la teoría feminista: Memoria*. CIDEM. La Paz, Bolivia.

MARQUES, Josep-Vincent. 1992. *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*. Papagayo. Barcelona, España.

PLATT, Tristan; BOUYSSÉ-CASAGNE, Thérèse y HARRIS, Olivia. 2006. *Qaraqara Charca Mallku, Inka y Rey en la provincia de Charcas (Siglos XV-XVII): Historia antropológica y ensayos interpretativos*. Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural Editores / University of Saint Andrews / University of London / Inter American Foundation / Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. La Paz, Bolivia.

VARGAS, José Santos. 1982. *Diario de un Comandante de la Independencia Americana: 1814 - 1825*. Siglo XXI. México.

VIEZZER, Moema. 1978. *“Si me permiten hablar ...” : Testimonio de Domitila una mujer de las minas de Bolivia*. Siglo XXI. México.